

Si en el principio fue el verbo, hoy sigue siendo, como en un continuo sinfín, el verbo, la palabra, lo que marca toda la creación y la propia identidad de los hombres. Y ya en estas frases se podrían deducir un montón de características que vienen dadas exclusivamente por el lenguaje y el sentido multidireccional que impone. Yolanda Herranz es una artista, pero sobre todo una mujer que pretende hacer coincidir en algún punto (posiblemente en su obra plástica) la realidad y la imaginación, la vida y la acción a través del pensamiento. En una breve pero interesante selección de piezas ha presentado parte de su trabajo en una aislada galería madrileña. En esta ocasión el cuerpo humano, la mujer y el sentido de opresión centralizado en el racismo han sido los temas recurrentes de estas obras que formaban, más que una exposición, una instalación. El único problema que ofrecía la muestra era, de una forma más teórica que artística, la proliferación de intereses y mensajes. Sobre todo, cuando la propia contemplación de los trabajos bastaba para centrar el interés en varios aspectos coincidentes.

A partir de unos materiales cotidianos y de uso casero (especialmente los felpudos de goma), Herranz realiza unas obras que están a caballo entre la poesía (el poema objeto) y la escultura. Entre el texto y la escultura. Una tradición ya muy extendida, pero que en este caso, y alejándose de Brossa como exponente más famoso en España (sin recurrir a los más jóvenes catalanes) hace de la palabra un canal conductor esencial. La ironía, el juego de sentido y de significados, vienen dados especialmente por la palabra, por la frase, como en la obra *Amar. Atar. Azar o Todos para todo. Todo para todos*. La mezcla entre los materiales y los textos alcanza su punto más fuerte en *No me pises*, un felpudo con este texto que, situado en el suelo, invita y prohíbe a la vez. Aquí se altera el significado del objeto a través de una frase cuyo sentido es inequívoco y tajante.

Para Herranz el pensamiento, la cultura, es el catalizador entre la vida y la acción, entre la masa inerte y la forma de activarla. Es aquello que convierte un simple y vulgar material en obra de arte. Algo tan antiguo y obvio como el impulso mágico creador que diferencia al artista, al hombre, de todos los demás seres.

Pero, inevitablemente, los problemas y la forma de enfocarlos de Herranz dependen directamente del tiempo y la cultura que le ha tocado vivir. Como mujer, su obra está marcada por el elemento diferenciador sustancial que es el cuerpo. La obra *Estrellas blancas. Agujero negro* es clara en este sentido, como también es clara en la forma de abordar los problemas y sus soluciones estéticas: a pesar de la dureza de los planteamientos teóricos, de la evidente sensación de opresión que la artista plantea en sus trabajos, la resolución de estos se realiza siempre a través de signos cargados de poesía, no solamente en los textos, sino muy especialmente en los objetos que emplea. En el caso de esta obra. *Estrellas blancas...*, la utilización de cinco ruedas de claro uso industrial consigue descontextualizar estos objetos y los transforma en auténticas estrellas, en algo bello en sí mismo al margen de su auténtica y original función. Si, como la propia Herranz recoge en algún texto, Joan Brossa decía que «si las palabras son las cosas, con el lenguaje de las cosas también se puede hacer metáforas», la artista ha dado un paso adelante en este sentido. Aunque está claro que para cambiar el arte hay que cambiar antes al hombre, posiblemente habría que empezar a hablar de la mujer.

Rosa Olivares